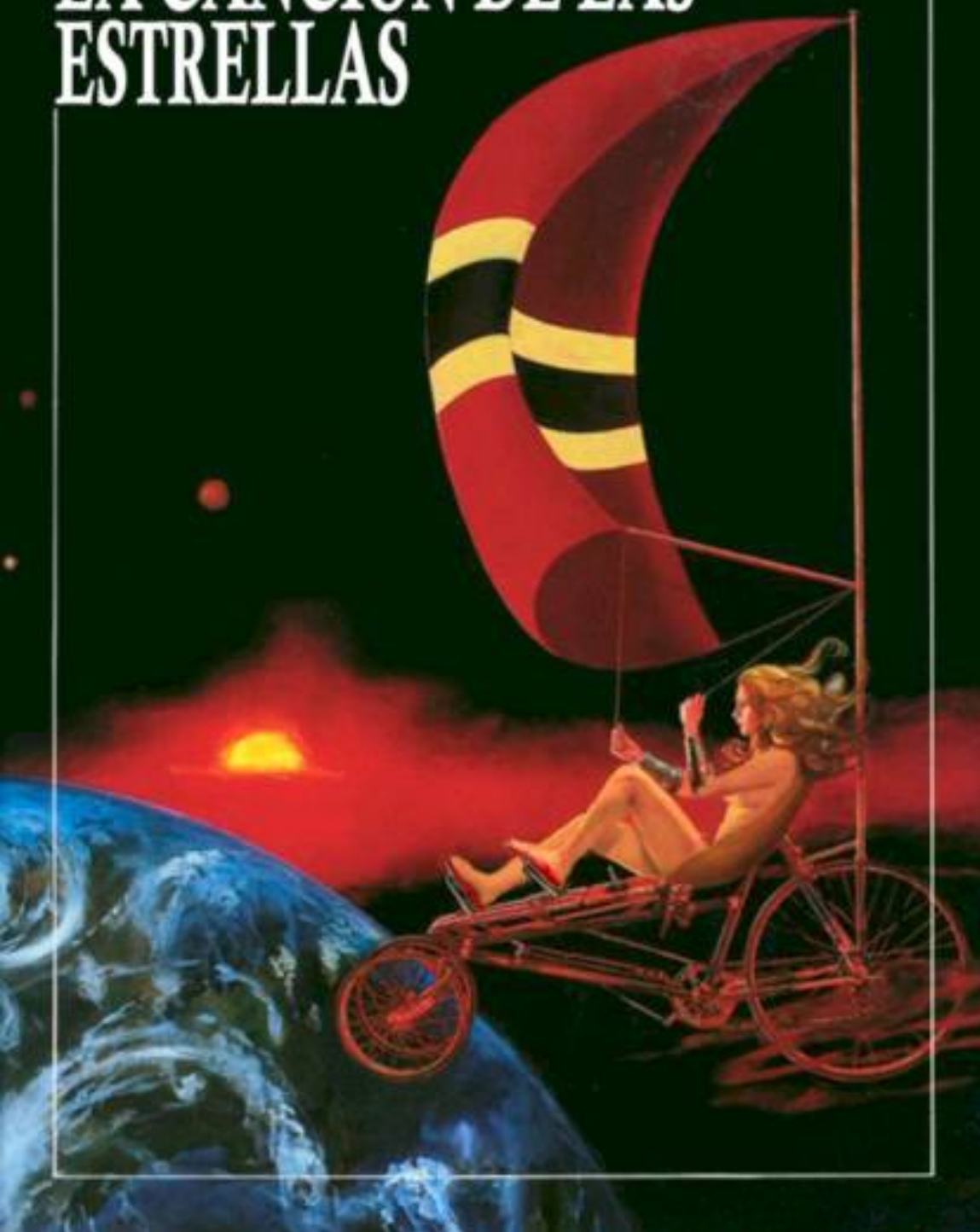


NORMAN SPINRAD

LA CANCIÓN DE LAS ESTRELLAS



Siglos después de la Gran Destrucción, florece una nueva civilización llena de esperanza y ambiciones, construida sobre las leyes del músculo, sol, viento y agua, cuatro premisas ecológicas que mantienen la pureza kármica del mundo. Sin embargo, una sombra se cierne sobre Aquaria: los siniestros Espaciales, remanentes de la vieja civilización y practicantes de la ciencia negra que llevó al mundo a su destrucción. Dos mundos irreconciliables enfrentados por el más rencoroso de los antagonismos.

Celeste Lou, maestro perfecto de la Vía Celeste, Luminosa Sue, Reina de la Palabra de Boca, y Arnold Harker, sombrío científico negro, deberán lograr que la humanidad escuche las canciones de las estrellas, almacenadas en el Gran Oído, la vieja estación que aguarda en el espacio.

Celeste Lou

Cruzando hacia el sudoeste, en un dorado atardecer de águilas, Celeste Lou había dejado el mundo tras de sí. Abajo, los picos de la Sierra eran un tapiz claroscuro que arrugaba el verde aterciopelado, y el cielo sin nubes llenaba su alma con la gloria celeste. Su espíritu estaba absorto, como una conciencia de pájaro, en las subidas y bajadas de las corrientes de aire de la montaña. Era Celeste Lou, maestro perfecto de la Vía Celeste. En las ciudades y comunas y granjas de Aquaria, allí abajo, eso significaba que limpiaba el karma de otras personas, pero aquí, solo en medio del Celeste, él había encontrado su propia Vía. Cada maestro debe bailar con su propia música.

Lou colgaba suspendido en el tiempo y el espacio bajo la celeste águila de helio inflado; desde el suelo, parecía estar cabalgando en un ala casi invisible de aire. Desde que se había sentado en su montura bajo el águila, el ala deslizante era un lente parasol que armonizaba el azul del cielo, suministrando una visión más profunda y tranquila. En ningún otro lado se encontraba más compenetrado en la Vía.

Tan arrobado estaba Celeste Lou cabalgando la Vía Celeste que, antes que se diera cuenta, el ocaso estaba trepando por detrás de él.

¡Mierda! Advirtió súbitamente. *¡Lo he hecho otra vez!*

Largas fajas de púrpura y carmín jugueteaban sobre el ala del águila, y las nervaduras de la superficie inferior se habían convertido en arcos de catedral cuyas sombras se proyectaban. Abajo, seudópodos negros rezumaban hacia

el este a través de los rugosos fondos de los cañones de la región central del sur de Aquaria, y los picos de las nubes dispersas adquirirían tonos de malva y pálido anaranjado.

Celeste Lou podía estar en sincronización con la ley del músculo, sol, viento y agua, pero de su blanca tétrada de sancionados poderes, el único que lo hacía gruñir y sudar era el que le gustaba menos. Y ahora, para pagar su dorado atardecer de dulce karma, se vería obligado a pedalear.

El águila solar era un balón de helio con forma de sutil y flexible ala deslizadora. Colgando por debajo, en una montura, el jinete del águila cabalgaba bajo una marioneta pajaril. Dado un determinado viento de derecha, un as como Celeste Lou podía seguir un vector general sin ejercer ninguna fuerza. Desafortunadamente, este karma óptimo solo ocurría una docena de veces al año.

Y hoy no era uno de esos días. Un ligero viento de frente estaba soplando desde el este, hacía ya casi una hora que el sol se había puesto y el último nido de águila entre aquí y La Mirage estaba al menos a unos diez kilómetros de distancia. Tendría que pedalear.

La superficie de arriba del águila estaba cubierta con células solares que producían suficiente electricidad como para activar dos impulsores ubicados a mitad de camino hacia las puntas. En el aire calmo, el sol podía mover el águila a unas quince kilómetros por hora. Cuando se encontraba en lo alto.

Cuando esto no sucedía o cuando el viento soplaba de un lado inconveniente, había un propulsor central que se activaba con pedales. Ningún verdadero diletante del águila gozaba pedaleando. Si no, se convertiría en un marinero ciclista que gozaba de ese dudoso placer cada vez que perdía su viento.

Sin embargo, el músculo era parte de la Vía, y *había* maestros perfectos de ciertas vías que enseñaban cuán sudoroso y bueno para el alma era cobrar velocidad con los pe-

dales. Había aún aquellos que enseñaban que las águilas solares tenían un sospechoso tono gris.

Cuando Celeste Lou comenzó a pedalear, cuando las piernas estabilizaron un ritmo de marcha y dejaron que los músculos condujeran a los pulmones, el cuerpo acercó la conciencia a la realidad inmediata y se vio forzado a recordar que la Tribu Águila que había construido el carruaje celestial estaba metida hasta el cuello en este lío de La Mirage. Estaban bajo una nube cuyo vientre se hallaba ennegrecido por las sombras de la brujería.

El cielo estaba profundamente oscuro tras de él, y las tierras de abajo se habían cubierto de sombras que las hacían parecer más escabrosas y prohibidas mientras Celeste Lou pedaleaba fatigosamente hacia el este a través del suave crepúsculo que se alejaba sobre las cimas cubiertas de bosques. Sobre el horizonte oriental, los afilados picos de las Sierras ardían rojizos contra el sol poniente. Más allá de ellos... la Gran Devastación, desde cuyas profundidades la ciencia negra rezumaba sus sutiles vías hasta Aquaria, agriada por el tiempo alcanzaba a La Mirage y, ostensiblemente pura como la nieve recién caída, con el tiempo aclaraba el Intercambio.

En algún lugar entre aquí y el otro lado de las Sierras, la mano de alguien era más rápida que el ojo. O, en otras palabras, de ojos que prefieren desviar la mirada. Ningún tinte podía ennegrecer la blancura de las águilas solares, ninguna molécula hecha por la mano del hombre, ningún otro poder que el sol y el viento y el músculo. Bien compenetrado con la letra de la ley.

Por supuesto, las células solares venían de algún lado y el material del balón deslizante era más bien un extravagante derivado de la celulosa, y el tren de la Tribu Águila que suministraba los materiales retrocedía ambiguamente a la hermética montaña William, cuyos cañones se hundían en las laderas orientales del macizo central, donde lo co-

rectamente blanco no podía correr el riesgo de introducir sus narices.

Celeste Lou no tenía el hábito de cuestionar el karma de aquello que dulcificaba el karma propio, y creía en actuar del mismo modo por el buen karma de los otros. Si algo es bueno para el espíritu, puedes comerlo.

Pero ahora, mientras el paisaje se hacía siniestro y su propia desatención estaba atrapada en la penosa faena de pedalear, Lou recordó que ni siquiera un maestro perfecto podía contar con una perpetua comida gratis. Quizá haberse mantenido en la Vía por la fuerza de la voluntad a pesar de las protestas de la carne era bueno para el alma, una especie de zumbido cósmico de advertencia.

Ahora le recordaba que esto no era un paseo divertido, después de todo, que había sido convocado para otorgar su justicia en una disputa que se relacionaba con el karma de esta misma águila que lo había transformado en jinete de los altos cielos del viento, en una bestia transportando su propio peso con la puesta de sol.

Es buena para el alma, como el peyote, se dijo a sí mismo con amargura, dándole a los pedales. Pero eso no significaba que tuviera que gustarle el sabor de descender.

Apenas una hora después, las tierras de abajo se habían hundido en un negro abismo, el cielo sin luna resplandecía con puntos de luz que parecían el paisaje de una ciudad eldrith pre-Destrucción, y Celeste Lou tenía más que suficiente con el yoga de pedalear.

De modo que fue con cierto sentido de alivio que finalmente divisó el faro del Nido del Águila, un poderoso reflector de 200 vatios que guiñaba ante él como una estrella varada sobre el ondulado horizonte. Tiró de los arneses, y una porción de la energía producida por sus pies fue desviada hacia el inflador que compensaba la presión del helio en el ala, evitando la tendencia del águila a elevarse y pre-

parando un descenso planeado. Esto no hizo el pedaleo más fácil, y para cuando estabilizó su curva de descenso, estaba gruñendo y resollando, y fue un auténtico éxtasis dejar de pedalear y flotar hacia abajo como una mariposa hacia la luz.

Descendió hacia un prado en la alta montaña que brillaba fantasmal bajo la luz de las estrellas. Solo otra águila estaba atraillada en la viga de amarre. Millones de insectos rodeaban el haz de luz sobre el techo de la única planta de la irregular cabaña del refugio.

La habitación principal de la cabaña tenía desnudas paredes de madera, mesas y sillas rústicas y un gran horno de leña donde Matty, el cocinero, presidía entre dos enormes marmitas de hierro y una olla de sidra, de cuyos interiores surgía un aroma a comida que iba directamente al estómago vacío de Lou.

—Comida y un lecho, Matty —dijo en voz alta—. He estado pedaleando mucho tiempo.

—¿Tanto apuro por llegar a La Mirage?

El otro único comensal era una alta y esbelta mujer, con un típico mono amarillo de Mensajera Luminosa, sentada solitariamente ante los restos de su comida, que le hacía señas de acercarse a su mesa. Era bonita, parecía interesante en todos los lugares adecuados, y también un poco hostil.

—Desde cierto punto de vista, tengo todo el tiempo del mundo —dijo Lou, inclinándose provocador y sentándose frente a ella.

La Chica Luminosa deslizó la lengua sobre el labio inferior y le devolvió la sonrisa irónicamente.

—¿Estás solicitando un soborno, oh dador de justicia Celeste?

—¿Me estás ofreciendo tú uno? —preguntó él.

La Chica Luminosa se encogió de hombros.

—Podría animar una noche de otro modo aburrida —dijo.

Matty trajo una escudilla de arroz frito con verduras, bañado en una salsa de soya picante, la puso ante él, y Lou consideró el karma mientras saboreaba el primer bocado bienvenido.

Toda la operación de Luminosa Sue podría estar en peligro cuando otorgara su justicia y, por lo que había oído, había sido la Tribu Águila quien primero había sugerido su nombre, no la Luminosa. Y aquí estaba él, volando en uno de sus productos. Un buen sofista podría argumentar que debía algún tipo de compensación a la Tribu Luminosa, que podía ser placentemente otorgada retozando con este miembro, al mismo tiempo dispuesta y atractiva.

Por otra parte, la venerable máxima que un pene erguido no tiene conciencia no era una de las favoritas de Celeste Lou.

—¿Es contra las reglas discutir nuestro caso? —preguntó la Chica Luminosa.

—¿Cuál es tu nombre?

—Marita Luminosa —respondió ella secamente.

—Bien, Marita —dijo Lou—, eso depende de si estoy hablando del asunto con Marita o con Palabra de Boca de Luminosa Sue.

—Es confidencial. Examina mi corazón.

Los ojos de Lou se entrecerraron. Palabra de Boca de Luminosa Sue cumplía su misión llevando mensajes a otras personas, pero también llevaba las noticias a todo lo ancho y largo de Aquaria. Noticias que eran recogidas como se pudiera. Si no quería confiar en Marita Luminosa, él no sería Celeste Lou, pero si confiara en ella implícitamente, tampoco sería Celeste Lou.

—¿Quieres que mienta?

Marita se echó a reír.

—No, en verdad —dijo—. Solo quiero decirte algo. La Tribu Luminosa no hace magia negra; ni tenemos manejos comerciales secretos con nadie de La Mirage.

—Ese no es exactamente un certificado de pureza kármica —dijo Lou secamente.

—Estoy nivelada contigo, Lou. Seguro, tú puedes decir que alguno de nuestros componentes electrónicos no son ultrabrillantes, pero nuestras radios son tan blancas como tu águila.

—No puedo pensar en otra ciencia negra que la atómica —dijo Lou—. ¿Puedes tú?

—¡Eso es lo que te estoy diciendo! —dijo Marita con un tono algo exasperado—. ¡No nos mezclamos con brujerías como esa! ¿Qué piensas que somos, monstruos?

—Pero habéis sido cogidos con núcleos de energía radioactiva en veinticinco radios. ¿O negáis las acusaciones de los Águilas?

—¿Los Águilas? ¿Desde cuándo son tan rectamente blancos? ¿Cómo conocen el asunto de los núcleos de energía atómica, en primer lugar? Nosotros no lo sabíamos.

—¿No lo sabíais?

Marita extendió el brazo y tocó su mano. Lo miró a los ojos.

—En verdad, no lo sabíamos —dijo tranquilamente—. Los compramos en el mercado abierto de la Comuna Relámpago, y nunca tuvimos problemas como este desde entonces: han sido siempre equipamientos razonablemente blancos. Y ahora súbitamente nos meten en un juicio por brujería...

—¿Cómo sabían los Águilas de los núcleos atómicos si vosotros no lo sabíais?

—Ahora me quieres hacer caer —dijo Marita Luminosa.

¿Lo estoy haciendo? pensó Celeste Lou. Este aspecto de la historia no concordaba. Y no lo estaría hasta que tuviera una explicación de los Águilas. Y sentía con intranquilidad que se las vería en apuros para darle una respuesta satisfactoria. Y todavía no estaba en posesión de todos los aspectos de lo que todo comenzaba a señalar. Advirtió que esta discusión había ido demasiado lejos. Había formulado

algunas preguntas que podrían tornarse en noticias para Palabra de Boca con un poco de embellecimiento.

—¿Todo esto es confidencial? —dijo—. ¿No se esparcirá por todo Aquaria lo que he discutido contigo?

—¿Quién tendría el karma tan dulce? —dijo Marita. Sonrió—. ¿Así que admites que te gustaría ir un poco más lejos esta noche?

Oooh, esto se estaba poniendo espeso. Pero también se convertía en un juego. La mente lo convertiría en un fiero deporte. Pero eso produciría otro nudo gordiano en la madeja del karma que él estaba destinado a desatar, con algo más íntimo que su dedo.

—Admito que me gustaría —dijo.

Ahora ella cogió sus dos manos.

—Yo estaría dispuesta.

La carne de Lou lo empujó hacia ella, por la cabeza lo echó atrás.

—Algunas cosas buenas —dijo secamente— no tienen razón de ser.

Ella suspiró y se relajó contra el respaldo de su silla.

—No se puede condenar a una chica por intentarlo —dijo con tranquilidad.

—¿Estabas realmente intentándolo? —preguntó Lou.

—¿Estaba realmente intentado *qué*? —enunció con ingenuidad Marita.

—Sobornar a un dador de justicia con tan dulces encantos —dijo Lou casi seriamente.

—¿Está el dador de justicia utilizando la situación para ver si puede conseguirlo? —preguntó ella con astucia.

—¿Podría yo considerar una cosa como esa?

—¿Estás seguro que no quieres hablar de eso en mi cuarto?

—Me gustaría mucho, pero me temo que el karma no está claro —dijo Lou tristemente—. Si retozamos, es posible que tú me inclines favorablemente hacia tu tribu, o que me incline para el otro lado tratando de ser justo. Lo justo

no es ni lo uno ni lo otro —se echó a reír—. Además, ahora, ninguno de nosotros sabría porque estaríamos follando.

—Podría ser divertido averiguarlo.

—Seguro que lo sería, pero en la mañana me odiaría a mí mismo —dijo Lou, levantándose de la mesa. Le besó la mano—. Quizá, cuando esto termine, podamos despertar una mañana en la cama y recordarlo todo con una sonrisa.

—Espero que todos salgamos de esto sonriendo —dijo Marita Luminosa con duda—. Nadie está sonriendo ahora.

—Es por eso que estoy aquí —dijo Celeste Lou. Era una salida tan buena como cualquiera, pero sus glándulas gruñían malhumoradas y su cabeza le daba vueltas llena de números cuando se fue a la cama, arropado con el torbellino kármico. Y tuvo aún una lucha de buena mañana, en el escenario que lo esperaba en La Mirage, donde los vientos estaban soplando un poco más al este que lo usual.

La mañana siguiente, después de un solitario desayuno de trigo y leche y sidra caliente, Celeste Lou se zambulló en la húmeda niebla que cubría las praderas de la alta montaña, el espíritu saturado con los placeres perdidos de la última noche y el tinte embrujado del karma que lo había envuelto con ese diabólico conjuro de castidad.

Pero tan pronto estuvo por encima de la bruma, remonándose rápidamente al este, impulsado por los vientos favorables y calentado el cuerpo por el sol de la alta montaña, sintió despierta y clarificada el alma.

El karma que había sido llamado a juzgar ya había evitado que dos personas inocentes retozaran juntas, y él era una de ellas. En lo que a Lou concernía, era una prueba suficiente de que en algún lado del fondo de este lío había una puñetera pauta, una violación de la libre voluntad, un ultraje a sí mismo y la Gran Vía. La busca de justicia había ya comenzado.

Para el dador de justicia no había proceso neutral ni intelectual. Para clarificar el karma, un maestro perfecto debía penetrar en la realidad de este. De otra forma, escribiría la ley, pero no cumpliría el destino: estaría actuando como un gobierno. Lo que se le dejaba al mundo podría hacerse sin gente que pensara que eran movedores que no podían ser movidos.

Dejando a un lado los núcleos atómicos, el imperialismo kármico estaba funcionando aquí; literalmente ya lo tenía agarrado por los cojones. Y la justicia requería que este débito kármico no quedara impagado.

El viento favorable lo estaba llevando rápidamente hacia el comienzo del macizo central de las Sierras. Bajo él ahora no había cumbres redondeadas, sino aprendices de montaña que se elevaban a lo alto.

Este era el comienzo donde el mundo acababa. O al menos el mundo que la recta blanca conocía. Ningún águila podía cruzar las Altas Sierras impulsada solo por el sol, el viento y el músculo. Más allá de ese inmenso muro de montañas estaba la mayor de todas las Devastaciones. Los conocimientos de Aquaria sobre su extensión acababan donde empezaba lo infinito de la leyenda. Grandes fueron los megatones que cayeron sobre las laderas orientales de la Gran División durante la Destrucción. Esa vasta herida radioactiva, que la mano del hombre había excavado en el cuerpo de la tierra, aún conservaba su poder letal.

Pero el mundo no acababa en un abismo yermo o en una súbita indecencia. Ahora el águila de Lou estaba volando hacia los picos de las sierras más altas, y estaba ascendiendo sobre un gran sistema de ríos aéreos cuyos cañones se dirigían hacia las aún más altas y más prohibidas montañas, pavorosas en su belleza.

Era un verdadero territorio intocado por la impura mano del hombre, un mundo que había existido para sí mismo en su impenetrable vastedad durante transhumantes eones. La Destrucción no lo había tocado. Ni siquiera la pasmosa

ciencia negra de los americanos pre-Destrucción había sido capaz de dañar seriamente a estas madres de montañas. Todo lo que habían dejado detrás era una esparcida cadena de rutas donde los altos árboles quemados irrumpían del concreto resquebrajado. Lou planeaba sobre las laderas cubiertas de abetos donde los halcones y águilas giraban, altos y verdes prados donde apacentaban ovejas y ciervos. El mundo acababa en ese Edén salvaje cuyos límites lejanos eran impenetrables al hombre. ¡Qué ironía que más allá de esos altos picos de primigenia majestad se extendiera un infierno radioactivo y las madrigueras de los brujos!

En toda esta fortaleza de montañas, el único asentamiento significativo de seres humanos era La Mirage, una de las mayores ciudades de Aquaria, a dos largos días de vuelo de cualquier lugar y a dos días de carro desde Palm, a través de un tortuoso camino trasero.

Qué hacía esta bulliciosa ciudad aquí, en medio de la nada, era una pregunta que generalmente quedaba sin respuesta. La Mirage no estaba cerca de nada, salvo del borroso límite entre Aquaria y lo que había más allá.

Y ahora la brujería de más allá de las montañas había enseñado su mano con fría torpeza. Estaba en juego mucho más que el destino de la Tribu Águila, la Comuna Relámpago y Palabra de Boca de Luminosa Sue. La Mirage en sí misma estaba ahora bajo la espesa nube de una ciencia negra de la peor especie.

Y el hecho es que Aquaria necesitaba a La Mirage por la misma razón de que le satisfacía dejar los hechos de las sombras en las Altas Sierras, fuera de la vista y el pensamiento.

La civilización de Aquaria dependía de una arcana química que tenía lugar aquí. Los hijos de Aquaria habían construido una civilización basada en la ciencia blanca, bajo la ley del músculo, el sol, el viento y el agua. Ahora podían volar como águilas, y generar electricidad, y enviar mensajes por medio de la radio solar. La ciencia blanca avanzaba

año tras año, y sus magos y mercaderes realizaban sus negocios al unísono en el Intercambio de La Mirage. La nueva tecnología era por lo general manufacturada en los talleres y fábricas de la ciudad y desde allí se difundía lentamente.

Es conveniente decir que en las esparcidas tribus de la montaña William, en la zona oriental de la región, habían preservado ciertas técnicas de manufactura de los días pre-Destrucción, y era por cierto seguro que esas personas simples guardaban celosamente sus así llamados secretos de comercio.

Era también cierto, sin embargo, que en algún lado de las Sierras, la región de la montaña William acababa y comenzaban las guaridas de los Espaciales. Era difícil creer que no hubiera interpenetración. Era difícil de creer, pero mucha gente lo intentaba.

Las expediciones que ascendían demasiado en las montañas corrían peligro de no retornar. Además, la liberalidad corría por esas tierras desde La Mirage, y nadie podía probar que la ley del músculo, sol, viento y agua era violada por águilas o radios solares o sofisticadas baterías y generadores de viento.

Era este delicado equilibrio el que había permitido que La Mirage floreciera. Pero tal pacto no existente con lo innumerable hacía en Aquaria prosperara en su impoluta blancura. Algunos maestros perfectos veían en esto una grieta fatal, pero Celeste Lou no creía que fuera malo para los negocios. Es por esto que era el maestro perfecto favorito de La Mirage.

Es por eso que la naturaleza de esta difícil confrontación señalaba una maquinación de los Espaciales. Luminosa Sue podía muy bien ser capaz de saber que estaba comprando radios de energía atómica... su reputación más bien gris lo sugería. Pero la Tribu Águila no ganaba nada con ponerla en evidencia. Iluminar los rincones oscuros de algún otro era contra las reglas del juego, ya que siempre uno mismo podía ser la siguiente víctima.

Al girar el siguiente recodo, el cañón que Lou estaba siguiendo se ensanchaba en un escarpado y verde prado, que se extendía ante él. Abrió la válvula, dando más helio en su águila, que levantó el morro, elevándose lentamente sobre la empinada ladera, realizando la escalada final —un largo arco ascendente— hacia La Mirage.

Sobre la alta meseta montañosa bajo él, había una ciudad que había solicitado su justicia, una ciudad que confiaba en él y a la que quizá había llegado a amar. Quizás esto probara que había una mancha sobre su karma. Por cierto, la perdida noche de diversión con Marita Luminosa había hecho las cosas más personales.

Mientras se elevaba a través de la más hermosa región de su mundo, el Edén de abajo parecía hacerle burlas con su pureza e inocencia. Pues las sombras de la ciencia negra se extendían pesadamente al otro lado de esta montaña de verde, haciendo que los dominios de la brujería tocaran las vidas y fortunas de los hombres.